



SALVAJE

Alba Gustos

SALVAJE



Primera edición: julio 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alba Gustos

ISBN: 979-13-87814-82-3

ISBN digital: 979-13-87814-83-0

Depósito legal: M-16606-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Capítulo I

El gran salón del trono estaba lleno, como siempre. Las altas columnas de mármol sostenían un techo hermoso que parecía infinito, pintado con un millar de estrellas. Las paredes, de un purísimo blanco, contrastaban con las vestiduras de los presentes de un sinfín de colores. Los suelos resplandecían, reflejando las luces del ambiente, haciendo que todo tuviese una tonalidad de ensueño. Una larga mesa llena de manjares de todas las clases adornaba uno de los laterales. Todos reían y compartían cuchicheos en voz baja, mirándose insinuantes.

—Dako, has venido a la reunión, qué inusual en ti. —Con una mirada poco apasionada Dako miró a Geo. El pequeño y regordete dios se dirigía a él con entusiasmo.

—Sí, tengo ganas de saber qué me ofrece esta nueva era.

—Cierto, hoy es el día en que viene la adivina a predecir, ¡qué emoción!

Dako asintió distraídamente, mientras miraba al resto de dioses allí reunidos.

Ser popular para algunos podía ser una bendición, para él no. Ser uno de los dioses con dos de los poderes más codiciados hace que todo el mundo te adule y odie al mismo tiempo. Y, en un mundo así, ¿quién podría ser feliz? Sin duda, cualquiera de ellos.

El día en que venía la adivina, no era una fecha que se olvidara fácilmente, ya que podía ser el día en que predijesen tu muerte, tu vida o tu descendencia.

Dako suspiró e intentó moverse hacia delante para estar en la primera fila, quería ver de nuevo a la hermosa hechicera de cabellos dorados.

Solamente se mostraba cada veinte años, saliendo del colgante en forma de haz de luz que siempre llevaba puesto el soberano. Todos quedaban eclipsados por la belleza que se materializaba ante los presentes en toda su esplendorosa desnudez. Esto duraba escasos segundos, ya que, rápidamente, el soberano hacía aparecer vestiduras y la dejaba ante las curiosas miradas solo el tiempo necesario para predecir. Tras eso, se la llevaba a sus aposentos y nadie volvía a verlo, hasta pasada una semana. Ese ciclo se repetía una y otra vez, y cuando uno goza de la inmortalidad, si algo se mantiene como una rutina es porque en verdad es extraordinario.

Era en esos días cuando la supuesta castidad del monarca era puesta en duda. No había vuelto a tocar a ninguna diosa desde que una de las predicciones fuese «El hijo de una mezcla de poder sin precedentes será nuestro manto, será nuestra muerte».

Había años, la mayoría, en que las predicciones no tenían importancia, pero eran temidos los que sí. De ahí que todos quisieran estar presentes, a pesar de que lo más seguro era que solo hablase al monarca sobre su vida futura.

Una bella diosa se paró a su lado.

—Mmm... Dako, cuántas lunas sin verte. —El comentario, dicho con voz ronroneante, dio escalofríos a Dako.

—Sí, puede que muchas. ¿Por qué estás en las primeras filas? ¿También quieres admirar la belleza de la hechicera en su despertar? —contestó Dako de forma monótona. No pretendía empezar una conversación y sí hacerla rabiar en una comparación de físicos. A pesar de que Leta, como era conocida, difícilmente tendría que envidiar a nadie con su despampanante belleza. De cabellos negros y ojos de gata prometía un cielo que sin duda cumplía, al menos en la cama.

—Sí... —Con su pequeña sonrisa a medias, denotaba la arrogancia de quien no se cree inferior a nadie—. Quizás la admire. En

realidad, estoy muy interesada en la posible predicción, he escuchado rumores de que esta vez no hablará sobre el monarca.

Dako la miró con cara de aburrimiento. No estaba seguro de si la pequeña arpía estaría intentando engatusarlo en una conversación para que no la ignorara, o si realmente sabría algo.

Suspiró y haciendo un esfuerzo se volvió hacia ella.

—¿Sabes algo de interés?

La pequeña sonrisa victoriosa que se le escapó a Leta por haber conseguido su objetivo lo hizo estremecer.

—Quizás. —Deslizó su felina mirada por el impresionante cuerpo de Dako como una caricia, para posarse nuevamente en su cara, con un aleteo de pestañas demasiado intencionado.

Sin duda conocía algo importante; si no, no estaría intentando engatusarlo. Ella sabía mejor que nadie lo peligroso que podía llegar a ser.

—¿Qué sabes? —dijo poniendo una de sus grandes y bronceadas manos sobre el hombro de la diosa y acariciándolo suavemente. Le daría algo de lo que quería si con eso obtenía información por adelantado.

—Bueno..., al parecer... —Las palabras de Leta se demoraban intencionadamente mientras disfrutaba del contacto con la mano que se iba deslizando sobre su piel.

No era tonta. Sabía perfectamente que no podría embaucarlo para que le hiciese algo más que eso, pero que fuese el dios del deseo hacía que el tacto también fuese maná de los cielos.

Por unos segundos perdió el hilo de sus pensamientos y su cuerpo se llenó de escalofríos, podía sentir como las caricias mandaban ráfagas mágicas que llegaban a todas las partes de su cuerpo.

—¿Qué, Leta? —apremió Dako.

—Va a nacer una loba blanca.

El contacto cesó rápidamente y el cuerpo que hasta el momento se había calentado pudo sentir nuevamente el frío que desprendía Dako.

Al ser el dios del deseo y la guerra tenía una personalidad conflictiva al intentar dominar esos dos impulsos, pero lo cierto es que los controlaba muy bien. Su complexión fuerte, alta y morena, con ojos que alternaban entre la medianoche y el cielo más claro, no dejaba a nadie indiferente cuando entraba en cualquier lugar.

Sus pensamientos ya estaban lejos e ignoraba a la diosa, que seguía mirándole.

«¿Una loba blanca?». Era uno de los seres mágicos terrestres más codiciados, extraños y hermosos. Se le otorgaba por mandato divino a un dios o diosa para que hiciese con ella lo que le viniese en gana. Pertenecían a una raza llamada lirco. Medio animales medio humanos, eran poderosísimos en el uso de la magia. Podían ser de cualquier color, pero se decía que los blancos tenían extrañas «habilidades», diferentes a los de su especie.

Muchos de sus compañeros los traían a su mundo, paseándolos domesticados como cualquier otro animal para despertar envidias malsanas. A otros, los habían sacrificado nada más nacer, para así poder quedarse con sus poderes, siendo esto lo que sucedía desde hacía ya demasiado tiempo, por lo que nadie había visto una loba blanca adulta en milenios.

Dako sonrió maliciosamente. Quizá la opción que a él más le gustaba era la de poderla convertir en una esclava sexual, en caso de que fuese hembra. Uno de esos seres mágicos copulando durante horas... Solo imaginárselo le producía una erección. Ojalá le tocase a él, así ya no tendría que bajar disfrazado a la tierra en busca de mujeres hermosas, pero corrientes. Después de tantos milenios, incluso el dios del deseo podía sentirse un poco aburrido de lo mismo. Tocar, hablar, embrujar, poseerla y vuelta a empezar. Nadie se resistía a él y, aunque pudiese sonar un poco presuntuoso, era sencillamente la realidad. La magia que sin querer emanaba su cuerpo le maldecía y bendecía para ello.

El dios finalmente se puso en primera fila y miró al monarca. Estaba tranquilo y relajado, majestuoso e intimidante, sosteniendo su diminuto y valioso colgante que no sería más grande que una

perla. En comparación con el resto de las deslumbrantes joyas que lo adornaban, aquello no era nada y a la misma vez, por la forma en que lo miraba, lo era todo.

Una luz empezó a nacer tenuemente mientras se hacía el silencio en la sala. El resplandor creció poco a poco hasta que fue imposible mirarlo directamente y, entonces, sucedió. Ante todos los presentes surgió la hechicera, arrodillada y hermosamente desnuda en el suelo. Algunas exclamaciones y murmullos se escucharon, cuando la mujer levantó la cabeza para mirar a los presentes con sus profundos ojos aguamarina apartando su cabello, que resplandecía reflejando las luces de la sala.

Con un relajado chasquido de dedos, el soberano cubrió la sedosa piel de la muchacha con un manto y la hizo levitar hasta su regazo. Abrazándola suave y posesivamente y tras dedicarle unas cuantas palabras de aliento que nadie pudo escuchar, el rey dejó que hablase.

—Una loba blanca ha nacido —el melodioso tono sonaba fresco y atrayente— y a un dios se le ha concedido. —Todos permanecieron expectantes, mientras algunos se daban codazos confabuladores—. Pero un pecado se ha cometido, de tanto poder unido, la caída y renacimiento serán requeridos, junto con una descendencia que no podrá caer en el olvido. Fuego, miedo y muerte asolarán a los testigos.

El silencio que siguió a la predicción fue tan tenso que el suelo pareció congelarse bajo los pies de los presentes.

Tras una breve pausa, en la que la hechicera se acurrucó en los brazos del monarca dando a entender que su predicción estaba a punto de terminar, continuó en un tono bajo y monótono, como si lo que fuese a decir ya no tuviese importancia.

—Será Dako quien la venera.

Una risa incrédula se le subió a la garganta a Dako, mientras intentaba contener el mal genio que empezaba a crecer dentro de él consumiéndolo.

¿Por qué, en el nombre de todos los dioses, le había tenido que tocar a él? ¿Había una maldita oveja negra en la manada de lobos y

tenía que ser para él? Aquello era surrealista. ¿Que él la veneraría? Aquella hechicera llevaba demasiado tiempo encerrada en ese colgante como para darse cuenta de lo absurdo de su predicción. No adoraría a nadie y mucho menos a una maldita esclava que lo haría caer en desgracia.

Una nueva risa le volvió a subir por el pecho, ¿descendencia con una cualquiera? Era absolutamente imposible. La encerraría, la mataría si era preciso. Maldita. Ahora todos sabían que tenía un punto débil y no dudarían en usarlo. Algo frágil que tendría que cuidar. Apretó los dientes, intentando contener un bramido y no zarandear a aquella hechicera para que hablase con coherencia y le dijese las cosas con claridad.

La multitud se abrió a su alrededor, formando un cerco mirándolo con sonrisas maliciosas, esperando ver su reacción. Muchos eran los que querían ver su caída en desgracia. Muchos los que rieron al recordar la antigua predicción que hablaba sobre una odiada y temida descendencia. Ahora pensarían que sería una mezcla de dios y una pagana, una impura, una miserable, una esclava.

El soberano, el Todopoderoso, el ser con el rango más alto de toda la deidad y que portaba el colgante con la hechicera, alzó la mano e hizo un gesto para que Dako se acercara, sabiendo que debía calmarlo, pues su temperamento era conocido. Acalló las risas e hizo que se acercara aún más.

—Has sido bendecido con un regalo —dijo el Todopoderoso sin obtener respuesta, algo que ya esperaba—. Te hablaré de la tradición, de los lobos, de lo que ocurrirá y de por qué será una bendición para ti. Es cierto que la predicción no ha sonado muy halagüeña, pero ya la conoces y con ello podrás evitarla. Ven luego a mis aposentos. Te dedicaré algo de mi valioso tiempo.

El soberano se levantó con la hechicera en brazos y, sin mirar atrás, salió del salón camino a su cuarto privado.

Dako miró abstraído como se alejaba, asimilando lo que le había dicho. Estaba profundamente agradecido de que hubiera intentado apaciguarlo y de que hubiese dejado claro a todos los presentes,

por si no lo habían pensado, que aquello era solo una predicción y que no tenía nada que ver con su caída de los cielos. Si algún dios o diosa había pensado lo contrario, los mataría y tomaría a todos sus amantes, hasta que quedasen tan embriagados por su magia que no desearan nunca más otro tacto. Malditos desgraciados.

Cuidando mucho de no posar la mirada en nadie en particular, salió de la sala, sintiendo punzadas de desprecio en la espalda. El reino de los cielos estaba podrido. Aquello era una cueva de víboras donde el poder lo era todo. Casi tenía ganas de bañarse tras el encuentro con todos ellos.

Los pasillos que llegaban al cuarto del soberano eran largos, llenos de pinturas y esculturas monumentales, representando grandes batallas, lujuriosas escenas y toda clase de bellezas de las diferentes especies conocidas. A diferencia del gran salón, no eran luminosos sino oscuros debido al revestimiento de madera de las paredes y al techo, solo iluminado por antorchas, en un color parecido al ébano.

El Todopoderoso, con la hechicera Gabriel en brazos, caminó a grandes zancadas. Casi no podía esperar estar a solas con ella, solo podía tocarla con tranquilidad cada veinte años, demasiado tiempo, incluso para un inmortal. Sus grandes zancadas se detuvieron abruptamente, delante del cuadro de una hermosa loba blanca, y suspiró.

Representaba las fases por las que pasaba el animal hasta convertirse en humana, terminando en el regazo de un dios que descendía de los cielos. Sin duda, la imagen era bastante explicativa y clara. Pero también transmitía una angustia y opresión en la cara de la mujer cuando era alcanzada por esas manos que la desconcertaba.

¿Qué había querido decir su amada Gabriel con todo aquello? ¿Sería cierto que Dako caería en desgracia? Era uno de los pocos a los que toleraba y respetaba, lo cierto es que no le apetecía que

lo maldijesen. Pero sin duda, lo que tuviese que ser sería y él no metería sus divinas manos, por el momento.

Sintió una pequeña y suave caricia recorriéndole la cara, invitándole a que la mirase.

—No te preocupes, amor mío, es una bendición y no una maldición —susurró Gabriel.

El soberano la miró sin poder evitar que su rostro transmitiese todo el amor que sentía por ella. Besó la palma que le acariciaba el rostro antes de responder con la voz algo enronquecida.

—Eso espero, no me apetece que la Tierra se sumerja en una nueva era de guerra.

—No debes permitir que la mate. Esta vez ella es de la nobleza. Podría ser un reemplazo en el colgante.

«¿Un reemplazo en el colgante?», no lo había pensado siquiera. Asintió sonriendo sombríamente, aferrándola con más fuerza y siguiendo el camino hacia sus aposentos.

Evitó estremecerse para no pensar en lo que aquello podría significar para ellos. Era un problema... Él mismo había pensado aconsejarle que la matase si la veía como algo muy problemático.

Una princesa... Los designios divinos eran enrevesados y mezuquinos para todos.

Habían disfrutado de algunas lobas de familias lo suficientemente pobres como para silenciarlas en caso necesario y, siendo honestos, casi siempre era necesario. Sus dioses tenían gustos sádicos y poco sanos como para que los familiares estuviesen contentos. Y ahora que realmente hacía falta debido a la predicción no se podía... Maldición. Aquello sería un gran lío.

En cualquier caso, intentaría aplacar a Dako todo lo que pudiese, explicándole las ventajas de tener a esas pequeñas preciosidades entre manos y las opciones que tenía. Quizás pudiese comerciar con ella... En fin, ya se le ocurriría algo mientras le explicaba la historia y sus responsabilidades respecto a una noble. Pero tenía que hablar con Gabriel sobre las posibilidades de la idea que había tenido.

El soberano abrió de una patada las enormes puertas talladas en roble de su alcoba y decidió pensar en lo que realmente importaba ahora: lo que tenía entre manos. Una resonante risa recorrió el castillo, mientras las puertas volvían a cerrarse con estruendo.

Entretanto, Dako estaba de un pésimo humor y así se reflejaba en las paredes de su cuarto, que cambiaban según el temperamento que tuviese ese día. El aire dolía al ser respirado debido a la baja temperatura que estaba alcanzando la habitación adaptándose también a él. Probablemente si seguía así, empezarían a congelarse las paredes, que estaban tomando una tonalidad negra, oscureciendo el ya de por sí poco iluminado lugar, que en esos momentos tenía cerrado el gran ventanal de una de las paredes. El mobiliario, totalmente sobrio, consistía en una enorme cama en el centro de la estancia, un metro por encima del suelo, sostenida por cuatro columnas de marfil finamente talladas, un enorme sillón de orejas enfrente y un armario de roble oscuro.

Dako caminaba a grandes zancadas de un lado a otro como un animal enjaulado mientras intentaba controlar su ira conocida por su dureza.

Podía asolar una ciudad con un solo pensamiento y, siendo el dios de la guerra, siempre solía tener impulsos sangrientos, al igual que impulsos sexuales que necesitaba satisfacer con asiduidad. Aun así, normalmente podía controlarse. Pero no sabía si esta vez lo conseguiría.

Se paró en seco en medio de la estancia abriendo y cerrando los puños. Contaba internamente para controlar su agitada respiración, que se asemejaba más a un gruñido que a cualquier otra cosa. Algo que le solía ocurrir cuando sus instintos más básicos empezaban a ser más fuertes en su interior que la cordura. Cuando sintió que algo de relajación empezaba a dominarlo, suspiró y empezó a pensar con la mente algo más fría sus diferentes opciones.

En primer lugar, su... «regalo» era un incordio, pero también era valiosa. Podía utilizarla como moneda de cambio con algún

dios. También barajaba tenerla como esclava, lo cual traería problemas; sabía que no podría tener las manos apartadas eternamente de ella. ¡Por los dioses! Era el dios del deseo, si la tenía cerca la tomaría. La misma profecía se lo especificaba: acabaría tomándola.

Y si fuese así, debería tener extremo cuidado con la locura esa de la descendencia. Era casi imposible que un dios concibiera con un ser tan inferior, pero, según la hechicera, podía ocurrir. Porque aunque la loba pudiera ser uno de los seres más poderosos, en la tierra, seguía estando muy por debajo de él.

Otra opción era matarla si se volvía demasiado molesta. Haciendo una mueca, admitió que la última opción no le agradaba demasiado, pero lo haría si le resultaba lo más conveniente.

Un toque en la puerta lo distrajo, se volvió y la abrió con la mente. Quien lo visitara en esos momentos tenía coraje.

Leta apareció y con movimientos gráciles entró en la estancia con una sonrisa que no titubeó ni cuando sintió como la escarcha sonaba bajo sus pies descalzos. Había que reconocer a aquella pequeña arpía que tenía valor y que era uno de los pocos seres que iba con la verdad por delante. Al menos casi siempre...

Se paró a pocos metros de él y amplió su magnífica sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

Dolido, le hubiese gustado expresar en alto. ¿Pero quién en el nombre de los dioses confiaría eso a alguien?

—Perfectamente. Probablemente la mate. —El tono monótono de Dako no persuadió a la diosa, que se acercó un poco más al comprobar que era seguro.

—Es una pena, hubiese sido un desahogo para tus saturados instintos.

—¿Qué sabrás tú sobre mis saturados instintos? —Aquello fue un gruñido de advertencia.

—Lo sé, porque me has honrado mostrándomelos en más de una ocasión. Sabes que lo hemos pasado bien.

—No te vanaglories tanto, los hubiese satisfecho igual con cualquier otra. Solo es un desahogo, no lo olvides.

Aquello no consiguió mermar ni un ápice la confianza de la diosa, que tan solo le contestó con una juguetona mueca, mientras empezaba un lento círculo a su alrededor. Parecía un cazador tentando a una poderosa presa, sin atreverse a atacarla aún, pero sin dejarle espacio para escapar.

Aquella lenta seducción, junto con sus ojos, estaba despertando sus instintos más básicos, pero no los que a ella le hubiesen gustado.

—No lo olvido. Puedo sentir perfectamente tu desprecio en cada mirada en cada palabra. Está claro que ya no soy una de tus favoritas, no hace falta que me lo recuerdes. Sin embargo, aquí estoy, dispuesta a prestarte mi ayuda en caso de que la necesites. ¿Quieres matar? Te ayudaré —lo tentó Leta.

—¿Crees que necesito tu ayuda para matar? —La diosa siguió girando lentamente a su alrededor a pesar de la dura amenaza—. No me hagas reír. ¿Crees que podrías hacer algo si decidiera partir tu precioso cuello en este preciso instante?

Leta sonrió.

—Gracias por el cumplido. Supongo que no podría oponerme a nada de lo que quisieras hacerme, lo sabes. No sería la primera vez.

Dako suspiró, aquella maldita..., retándolo, recordándole, incitándole... La atrapó por la muñeca, arrastrándola hacia la cama, donde la empujó sin demasiados miramientos.

—No quiero más juegos, no estoy de humor.

La diosa echó su larga cabellera hacia atrás mientras se subía parte del vestido, mostrando una de sus largas y hermosas piernas.

—¿Quién ha venido aquí a jugar, Dako? Sabes que entre nosotros nunca ha habido eso.

—Lo sé, solo sexo y conspiraciones, ¿no es así? —Su fría mirada la recorrió lentamente. Dako admitió que lo calentaba, le hacía arder. Ella sabía dónde tocar para estirar al máximo su placer, lo conocía en la cama, sabía satisfacer sus difíciles exigencias, no era como las demás a pesar de lo que había dicho antes. Su miembro ya palpitaba mientras su cabeza le decía lo contrario.

—No solo sexo y conspiraciones. Hablo de mucho más, hablo de pasión, de compenetración. —Rio Leta al pronunciar la última palabra—. Hablo de unión. —Separó un poco sus piernas, lo suficiente para que su pose fuese aún más sugerente.

Ahí estaba de nuevo, a punto de tomarla y cerrarle la maldita boca mientras pensaba que ojalá lo que dijese tuviese algo de verdad y sentido.

Maldita mentirosa, nunca olvidaría cómo la escuchó hablar con las demás diosas sobre la poderosa descendencia que conseguiría sacarle, una que ella controlaría y haría caer a los más poderosos, incluido él mismo. Aquella traición lo había destrozado, aunque nunca lo admitiría.

Compartieron dos milenios de una pasión que no había conocido nunca antes. Casi había confiado en ella. Casi. Le había dejado acompañarlo cuando arrasó aldeas enteras y a las mejores orgías jamás creadas. Se había planteado incluso reclamarla solo para él. Malditos fueran sus sentimientos y pasiones por controlarlo. Aunque lo cierto es que ya lo único que podía sentir eran ganas de someterla, nadie podía negar que hundirse en aquel cuerpo espectacular no despertaba la poca bondad que le quedaba.

—Levántate. —La seca orden la hizo estremecer y Leta no dudó ni por un segundo en cumplirla. Había notado el pequeño cambio que se había producido en sus pensamientos y sabía que en esos momentos podía encontrarse en peligro.

Perezosamente se incorporó y pasó por su lado despacio, dispuesta a salir de la estancia. En el último momento, Dako la sujetó con tanta fuerza por la muñeca que le dolió, aunque no se quejó. No quería darle el gusto, sabía que eso a él le encantaría. No obstante, su oscura y fría mirada no le transmitía nada.

Dako la empujó con fuerza contra una de las paredes estrechándola contra su fuerte cuerpo que parecía de puro granito. El choque le hizo exhalar el aire. Antes de pensar demasiado en que lo más probable era que la matase en ese mismo momento, Dako le sujetó con fuerza el rostro y la besó dominante, con furia apenas

contenida. Leta podía sentir su pasión, pero también su absoluta repulsión.

Dako le inclinó aún más la cara hacia arriba, para tener un total acceso a su boca y devorarla por completo. La diosa tembló, sabiendo que él ni siquiera se estaba esforzando. Allí ya no había castigo, no había reproche. Solo estaba usando su cuerpo. Sabía que lo único que podía conseguir ya de él era apelar a sus instintos más bajos y despertarlos. Cuando Dako posó rudamente una de sus manos sobre sus pechos, no pudo evitar soltar un quejido ante lo abrupto de la situación. Él siempre había sido rudo, había sido dominante, pero también... se había contenido.

Dako alzó el rostro, no sin antes darle un mordisco en el labio hasta hacerla gritar. Aquello le había sentado bien. Nada era peor que contener sus instintos. Ahora podía ir a ver al dios de dioses con la mente mucho más clara. La miró antes de apartarse. Estaba totalmente ruborizada, su pelo revuelto aún la hacía más atractiva, junto con las lágrimas contenidas en su enfurecida mirada. Sí, aún podía servirle. Se apartó de ella y salió de la estancia sin mirar atrás.

Leta suspiró mientras se limpiaba la sangre del labio, temblando después del encuentro. Le hubiese gustado decir que se sentía indiferente o ultrajada, pero la verdad era que, aun siendo eso lo único que podía tener de él, lo prefería a nada. Todavía no podía creer el error que cometió hacía milenios, cuando le perdió. Había sido el mejor amante que había tenido nunca y que, por supuesto, tendría. Era el dios del deseo, era imposible encontrar algo mejor. Maldito fuera, no había forma de reblandecer su corazón para que la aceptase de nuevo. Aquel dios altivo, arrogante y con mal carácter... Si no fuese porque era el dios del deseo y la guerra, nadie lo miraría. Sonrió para sí, quizás por lo que tenía guardado entre los pantalones lo mirase más de una. Tenía que encontrar la forma de volver a importarle. Salió del cuarto con pasos elegantes y decididos. Sin duda habría algo que pudiese hacer por él.

Dako caminó hacia el cuarto del monarca algo más relajado que antes. Abstenerse nunca era bueno. Pero necesitaba un verdadero desahogo pronto.

Se detuvo frente a la puerta y llamó con rotundidad. Esperó unos minutos pacientemente, hasta escuchar la orden que le permitiese entrar. No se le ocurriría pasar sin avisar y menos con la hechicera dentro.

Las puertas se abrieron dando paso a una enorme estancia con una decoración parecida a la de su alcoba. Grandes ventanales, suelos y muebles de madera oscura y una monstruosa cama, que parecía invitarte a probarla. Aunque en aquellos momentos apartó rápidamente la vista, pues enseguida vio el pequeño bulto que allí yacía envuelto en unas primorosas sábanas de seda roja que dejaban poco a la imaginación.

—Toma asiento, por favor —dijo el Todopoderoso.

Estaba sentado en un enorme sillón frente a las cristaleras, con una copa de ambrosía. La hacía girar lentamente y su expresión reflejaba la paz de quien acaba de desahogarse sexualmente y al que le ha sentado extremadamente bien.

Dako se sentó justo enfrente. Relajado, esperando a que el soberano hablase, no era un dios con prisas y no le gustaba que se las impusieran.

—Empezaré contándote un poco la historia de la raza y por qué se nos conceden las lobas blancas. —Hizo una pequeña pausa para beber y prosiguió sin apartar en ningún momento la vista de la ventana—. Después..., hablaremos sobre lo que puedes y no puedes hacer con ella.

Dako se tensó sin poder evitarlo.

¿Lo que se podía hacer y lo que no? Él podría hacer lo que le viniese en gana. Nunca había visto limitaciones para los otros dioses. Además de que la predicción le había molestado, ¿resulta que también iba a tener problemas para hacer su voluntad? Cada vez veía con más claridad que lo más fácil sería quitársela de en medio.

—¿Lo que no puedo hacer con ella? Tenía entendido que no había nada prohibido, que era una esclava —dijo tocándose el pelo.

—Sí, es una esclava. —La mirada del rey por fin se cruzó con la suya y pudo comprobar que había algo que lo mantenía tenso—. Pero de eso hablaremos después, ahora la historia.

Dako se irguió un poco más en el sillón, sujetando con fuerza los reposabrazos.

—Mi señor, con todos mis humildes respetos, lo que a mí me interesa saber son las restricciones.

—No me contradigas. —Había furia en la contestación y su mirada había pasado a ser condescendiente.

—No, mi señor, nunca.

Aquello pareció aplacar al monarca, que bebió y volvió a mirar hacia la ventana.

—Bien, como iba diciendo, la historia.

»Todo comenzó cuando uno de los antiguos dioses se enamoró de una hermosa joven, que después resultó ser una loba blanca, algo extremadamente inusual. Era joven y de la nobleza y sabes que respetamos a las nobles —Dako asintió distraído—, pero el dios la deseaba, por lo que decidió hacer un trato con sus padres. Decidió tomarla como su pareja aquí en los cielos.

—¡Por los dioses, qué locura! —Estaba realmente sorprendido, aquello era tan absurdo, había tantas diosas para escoger...

—Por amor se cometen locuras. —Las palabras del soberano transmitían pesar, lo que le hizo pensar que el Todopoderoso se sentía muy identificado. ¿Sería la hechicera su amor? Aquella palabra le sonaba totalmente desconocida y carente de significado, pero, al parecer, los dioses también podían sentirlo, curioso.

—Entiendo —añadió para apaciguarlo.

—Lo dudo. Bien, como iba diciendo, sus padres aceptaron, evidentemente, pero como ella aún era muy joven, le pidieron al dios que esperase unos años más para llevársela y este accedió. —Un suspiro interrumpió su historia, como si esa parte le fuera aburrida, o quisiese no pensar demasiado en ella—. Pero, cuando llegó la

víspera del día de partida, la loba desapareció. El dios, desconcertado y preocupado, la buscó durante mucho tiempo sin descanso. Cuando la encontró, ella se había fugado con otro. Aquello le enfureció tanto que quiso incluso matarla.

—Lo comprendo, yo también lo haría. —El soberano asintió sin mucho interés y prosiguió.

—Por respeto a las antiguas leyes de la nobleza, decidí donarle la vida y convertirla en su esclava, maldiciendo a todas las lobas blancas con el mismo destino que a la suya. Los padres no pudieron oponerse, sabían que su hija había cometido un gran agravio y podían agradecer que siguiera con vida. —Dako asintió rotundo, sin que su expresión transmitiera que él no hubiese tenido tanta consideración.

Era lo que esperaba, sabía que a Dako le quedaba muy poca misericordia y el resto de lo que iba a decirle no le iba a gustar. Con el paso del tiempo e incontables milenios a sus espaldas, él mismo se veía con menos paciencia para tratar ese tipo de temas mundanos. Teniendo que aplacar a unos dioses acostumbrados a hacer su voluntad como si de niños mimados se tratase. Aun así, daba gracias de que el que estuviese sentado enfrente fuese Dako, con el que aún se podía razonar. Sabía que le quedaba algo de humanidad y en algún lado aún conservaba parte de su alma mortal. Y más le valía que conservase la suficiente para evitar cometer una necedad y no tuviese que matarlo antes de tiempo. No, aquello no le haría gracia.

El Todopoderoso miró hacia sus cristaleras, las cuales daban a un hermoso jardín decorado por Gabriel. Mirar aquel lugar siempre le traía paz, con un sinfín de flores y enormes árboles. Debía acabar con aquello pronto, para volver a sus brazos y recuperar su calor.

—Dako, las anteriores lobas blancas, exceptuando la primera, no han sido de la nobleza, por lo que el mandato del primer dios se ha cumplido a medias. —Lo estaba poniendo sobre aviso, podía sentir su tensión, cómo su temperatura corporal descendía radicalmente—. Esta vez, ella sí lo es.

El dios de la guerra no cambió la expresión, aunque el aire a su alrededor crepité al cargarse de gélida energía. Años sin que naciera ninguna noble y le había tenido que tocar a él. Una ramera condenada. Aquello era fantástico.

Casi podía sentir su piel llenándose de tatuajes mágicos, bajo la camisa, debido a su muy abrupto cambio de humor. Aquellos tatuajes tenían el poder de ayudarlo a controlarse, apareciendo en los momentos donde su magia empezaba a desbordarse, como si fuesen sellos, pero lo cierto es que en aquel momento solo podía sentir la tirantez y el dolor que le producían, sin aplacarlo en absoluto. Apretó los dientes para evitar el crecimiento de sus colmillos. Estaba muy cerca, muy cerca de perder el control.

—¿Tengo que emparejarme con ella? —Sus dientes apretados solo le permitieron hablar en un tenue susurro.

—No, dioses. —El soberano pudo sentir como la magia a su alrededor bajaba—. Sencillamente será tu esclava, solo tendrás que tener una serie de consideraciones, nada más.

Dako asintió algo más relajado. No tenía que emparejarse con ella. Había sentido verdadero pavor al pensar en los grilletes de la unión. El castigo que casi le habían impuesto.

—La única consideración será que no podrás matarla —sentenció el soberano.

—Maldición.

Asintió.

—Merece un mínimo de consideración, es una princesa. —Miró hacia los ventanales antes de proseguir—. Intercambiarás algo de tu sangre con ella, para saber dónde está en cada momento y saber si siente algo que tú no quieras. Aunque ella al principio también podrá sentirte a ti, eso es algo que aprenderás a controlar para que solo le transmitas lo que desees. No hace falta que la veas, pero debes velar por su seguridad. No debes permitir que muera.

—En resumidas cuentas, la tengo que tratar como a una puta princesa. —Sus palabras seguían siendo un siseo contenido.

El monarca suspiró cansado.

—Te seré sincero. No tienes que tratarla como a una princesa. Sencillamente puedes encerrarla en un cuarto oscuro con algún tutor privado, durante algunos años, y después no sacarla de allí más, solo preocúpate de que no fallezca.

—Bien. —Dako por fin volvía a pronunciar con algo de normalidad. La baja temperatura y magia desaparecieron de la estancia.

El soberano lo contempló con seriedad, si no fuera todopoderoso habría tenido miedo. Era sorprendente como se había relajado ante la idea de castigar a aquel ser sin razón aparente. Al saber que podría encerrarla si quería.

—Pero te seré claro, preferiría que no hicieses algo así. Solo será una pequeña esclava asustada que no sabrá por qué le ha tocado aquello.

—¿Es una orden?

El soberano dudo unos segundos.

—Por ahora no. Haz lo que te plazca, pero recuerda que somos dioses, nuestra misión no es castigar sin razón, sino velar por el equilibrio en la tierra. Solo quiero que sepas que, si rompes eso, habrá duras consecuencias.

—Simplemente es un cruce entre animal y humano. —La impaciencia de Dako se transmitía en cada palabra.

—Si aparecen en las predicciones de Ga..., de la Hechicera, no es una loba sin importancia, no lo olvides. —El suspiro del dios lo hizo sonreír—. Lo sé, sé que te ha tocado más una inconveniencia que un regalo, como originalmente habría tenido que ser. Pero tranquilo, la predicción no tiene por qué cumplirse, solo relájate y disfrútala. Sabes también como yo que esos seres mágicos son excelentes compañeros de cama, límitate a no dejarla preñada. Y seamos sinceros, en este preciso momento, creo que necesitas una mujer.

—Quizás. —Se pasó las manos por el pelo distraídamente mientras pensaba en todo lo que le había dicho.

Era de suponer que tenía razón, debería ser cauto, pero no mezquino. Él siempre se había considerado un dios con misericordia,

no dejaría que una predicción lo trastornara. Solamente tenía que tener cuidado, nada más. Podía demostrar a todos los demás que él controlaría la situación sin demasiados problemas. Era cierto que no podía matarla, pero conseguiría que le fuese de alguna utilidad. Y si no..., pues la encerraría en un maldito cuarto oscuro. Suspiró algo más relajado con todo aquello.

Verdaderamente hablar con el monarca lo había relajado y ayudado a comprender que aquello solo tendría la importancia que él quisiera darle. Nada más.

—Bien. Y ahora, si no te importa, quiero privacidad —lo apremió el Todopoderoso.

Dako asintió, echando un rápido vistazo hacia la enorme cama, con una media sonrisa en los labios. Comprendía que ya le había robado demasiado tiempo. Salió de la estancia no sin antes ver como el monarca se dirigía hacia la Hechicera con una sonrisa algo perversa.

